

tirado por un soberbio tronco, reclinadas contra el fondo de seda obscura, van dos mujeres. Una, lleva traje claro con adornos de encajes; cuenta á lo sumo veinticinco años y sus ojos tienen un azul más puro que los zafiros que brillan en sus orejas diminutas. La boca tiene una expresión alegre. Si en vez de un paseo fuera un bosque ó una floresta el sitio por donde pasa su carruaje, las abejas se pararían en sus labios. A su lado, sonriente, alegre, con traje blanco de seda sin adorno alguno, está una niña de seis ó siete años. Se parece mucho á su madre; pero su belleza tiene el immaculado sello de la flor nacida en el bosque, aún no profanada por ojos humanos. Su carita blanca y sonrosada se vuelve para mirar á Juan.

El miserable mira á su vez aquella obra maestra de la naturaleza, sana, pura, sin tacha. Recuerda que su hija agoniza sobre un camastro infecto, en una habitación sin luz y sin aire. Y los ojos de Juan lanzan una luz vivísima, contráese su entrecejo, se crispa su boca en una mueca horrible y sus labios murmuran unas palabras tremendas. Es la formidable maldición del odio, que se formula una vez más.

La nieve alterna con la lluvia, y el piso de las calles está cubierto de un barro helado que mancha los zapatos é introduciéndose por las costuras produce una impresión de frío inaguantable. Cuanto más se anda más frío se tiene.

Son las doce de la noche. Todas las puertas de las casas de las tiendas están cerradas. De cuando en cuando un hombre bien arropado, cubierto con un chubasquero ó amparado por un paraguas, pasa rápidamente. Con más frecuencia pasan al trote largo de sus caballos, coches de lujo ó de alquiler. La noche es de perros: ¡pobres de aquellos que no tienen un techo que les cobije! ¡Desdichados de los que en tal noche sienten la mordedura del hambre!

Pálido, sin abrigo, calado por la lluvia y por la nieve implacables, con paso lento se acerca Juan á una puerta de cristales de la que se escapa una claridad vivísima. Juan no ha cenado aquella noche; no sabe cómo comerá al día siguiente. Ave nocturna, que en las tinieblas esconde su miseria disputando á los perros callejeros las piltrafas, aquella luz le atrae.

Se acerca á la puerta y mira á través de los cristales. Advierte detrás

de ella una cancela formada también por tres cristales enormes, pulidos y biselados. Y más allá de la cancela ve un gran salón pintado de blanco con adornos de metal blanco, con cientos de lámparas que engendran una lluvia de blanca luz que cae sobre unas mesas cubiertas de cándidos manteles, cuajadas de flores y de cristalería que refleja y descompone la luz, produciendo un centelleo que deslumbraba. Y junto á las mesas ve á unos hombres vestidos de negro que sirven á unas mujeres que llevan trajes claros, de blanca tez, de animados ojos. Y los criados se deslizan sin ruido por la alfombra, sirven manjares exquisitos, vierten vinos de color de cereza, de color de topacio, rojos, verdosos. Y los comensales sonríen y tragan, y tragan y beben, y sonríen de nuevo y en sus rostros se refleja la alegría del estómago ahito y á veces brilla en las miradas de ellos y de ellas — de ellas sobre todo — una luz de amor que Juan no ha visto jamás reflejada en los ojos de su mujer — cuando la tenía.

Una de las mujeres que comían, mira por casualidad hacia la puerta y queda pálida y temblorosa como si hubiese visto la máscara de la Gorgona que huela de espanto al que la contempla.

Es que ha visto el rostro trágico de Juan, pegado á los cristales; es que su mirada ha tropezado con los ojos oscuros del miserable, que en aquel instante despiden una luz más poderosa que la que brota de las lámparas.

La visión se desvanece. Entre la lluvia y la nieve Juan continúa su ronda desesperada, disputando las piltrafas á los perros, en el corazón de aquella ciudad sin misericordia, cuyas puertas son de hierro, como las de las fortalezas, para el miserable.

AUGUSTO RIERA

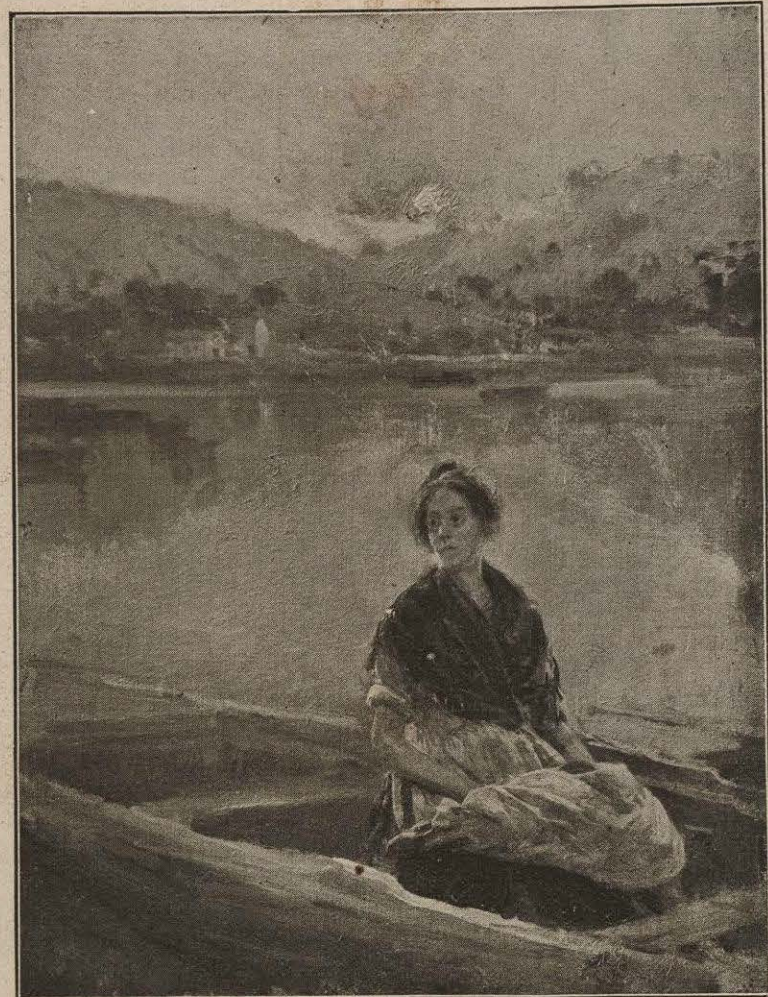
### INTIMA

Ya no tiene el viejo bardo  
tesoros de fantasía,  
ni dulces notas de amores  
en las cuerdas de su lira.

Ya, cuando enmudece llora  
y cuando canta suspira,  
ya, tan sólo con recuerdos  
reviven sus alegrías.

Pero en el fondo del pecho  
caudales de amor abriga  
y sueña como soñaba  
en su juventud perdida.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR



### ACUARELA

A Joaquín Navarro Riera.

Muy bellos son los destellos  
que al éter dan arrebol;  
mas, comparados con ellos,  
son más bellos tus cabellos  
que los destellos del sol.

En tu boca, que es de fresa  
y finísimo carmín,  
quien te besa, deja impresa  
una oración, porque besa  
los labios de un querubín.

Y lánguida en su ternura  
tu mirada angelical,  
la mente se la figura  
que es la Gloria que fulgura  
tras un mágico cristal.

Breve ilusión de tu cara  
que se rebela al pincel,  
tu sonrisa bosquejara  
si un relámpago cruzara  
por el cálix de un clavel.

Granates en porcelana  
que trasluce hebras de azur,  
forman tu seno, que emana  
tus perfumes de sultana  
de rosas de Pompadur.

Alma casta y luminosa  
de apocalíptico dón,  
metamórfosis preciosa  
que diera forma de diosa  
á tu humana concepción.

Tú pasas, y sus rumores  
saben las fuentes lucir,  
las estrellas, más fulgores,  
y hasta suspiran las flores  
por no poderle seguir.

Y si en la noche sombría  
vas el bosque á visitar,  
los pájaros su alegría  
cantan, creyendo que el día  
ha empezado á despuntar.

Cuerpo de Venus, fecundo  
por Cupido en el Edén,  
tienes el poder profundo  
de dar tus leyes al mundo,  
y al cielo darlas también.



Que desde el mísero lodo  
hasta el cielo adonde irás,  
si Dios está sobre todo,  
tú estás, de idéntico modo,  
sobre todo lo demás.

MANUEL MARÍA MUSTELIER

Habana.

### Á ELÍSEO MEIFRÉN

SONETO (1)

Si su alma á mi alma le prestara  
El intenso sentir de la belleza  
Y de un poder oculto la grandeza  
Su paleta en mi lira transformara;

Oh! ¿qué canto á mi canto se igualara,  
Con tantas notas de sin par pureza?  
¿Tuviera otro cantor naturaleza  
Que con más esplendor la interpretara?

Mas, ¿para qué escuchar la lira mía?  
¿No es poeta el artista que ha grabado  
En notas de color tanta armonía?

Y escuchando esos cantos que ha elevado,  
¿No sentís la esplendente poesía  
Del poema eternal de lo creado?...

GUILLERMO P. RODRIGUEZ

(1) Leído por el doctor Juan Zorrilla de San Martín, en un banquete con que obsequiaron á Meifrén sus admiradores de Montevideo (1900).



Cuadro de ENRIQUE ESTEVAN.